

Sr. Miguel Ángel Fornerín

Semblanza del Galardonado

Andrés L. Mateo nació en esta ciudad de Santo Domingo el 30 de noviembre de 1946. Desde muy joven participó en los movimientos culturales de su época y se distinguió como miembro del grupo cultural y literario La Isla. Publicó sus primeros poemas en el diario El Caribe, bajo el reconocimiento de don Manuel Valldepérez. En 1971 se marchó a Cuba donde estudió filología general y filología hispanoamericana en la Universidad de La Habana. Regresó al país a finales de la década del setenta y se integró al Departamento de Letras de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde ha realizado una labor docente por más de veinte años. Publicó su primera novela, *Pisar los dedos de Dios* en 1979, con la que tuvo un amplio reconocimiento de la crítica. Luego formaría parte, también, de la sección de investigación literaria de la Biblioteca Nacional y de Peña de Tres, programa de televisión que realizó, por varios años, junto a Tony Rafal y Pedro Peix. Desde su llegada al país, Mateo brilló como uno de los intelectuales dominicanos de más valía. Fue director de la Editorial Universitaria y colaborador en periódicos, revistas del país y en el extranjero. En 1982 obtuvo el Premio Nacional de Novela “Manuel de Jesús Galván” con su obra *La otra Penélope*. Marchó de nuevo a La Habana donde se doctoró en ciencias filológicas, en 1993, con su tesis *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. A su regreso al país, Mateo fue laureado con el premio de novela de la Universidad Pedro Henríquez Ureña por su obra *La Balada de Alfonsina Bairán*, luego obtuvo el Premio Pedro Henríquez Ureña de Ensayo con *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Finalmente, en el 1999, ganó el Premio “Arturo J. Pellerano” a la excelencia periodística y el Premio Nacional de Literatura, por la totalidad de su obra literaria

Andrés L. Mateo es, además, miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española. Sus primeras inclinaciones literarias estuvieron dominadas por la poesía. Actividad que se integró a una prosa que, después de un largo período formativo, encontrará concreción estética en su primera novela. Mateo ha contribuido significativamente al conocimiento y estudio de la estética literaria dominicana con la publicación de *Manifiestos literarios de la República Dominicana* (1984), en el que realiza un análisis de los postulados de los principales movimientos de vanguardia que aparecieron en Santo Domingo en el siglo XX. Cada una de las proclamas nos permite analizar la poesía dominicana como la expresión del

movimiento estético europeo y latinoamericano. Con el Postumismo tiene el país un movimiento post-modernista que busca las esencias dominicanistas y latinoamericanas, mediante la expresión artística; con la Poesía Sorprendida, a los universales, y, en la Generación del Cuarenta y Ocho, la fusión entre los universales y lo dominicano. Finalmente, el Pluralismo es la última gran aventura literaria dominicana que Mateo estudia y con lo cual busca romper la noción del poema y su formalidad letrada.

También Andrés L. Mateo dio a la estampa una antología de la poesía de Postguerra, que se autodenominó Joven Poesía dominicana. Esa es la poesía de su generación. En esta antología, Mateo fija los valores de la poesía de los años sesenta y señala cómo ésta se vio sacudida por los acontecimientos políticos del momento. La joven poesía fue la respuesta política de unos jóvenes escritores ante la situación de su época. Su arte, ancilar, como lo ha llamado el autor, fue también un arte que llevó más lejos la relación entre el decir y el vivir. Fue, en síntesis, una generación de la libertad y de la cultura. Este grupo fija el cuestionamiento de los valores de la época, entronca con el Postumismo y la Generación del Noventa y Ocho y forma una nueva corriente literaria unida abiertamente con lo político. Era, según Mateo, una literatura que buscaba “combatir los remanentes del “ancien régime.” Para nuestro autor, la escritura joven de su generación buscaba capturar lo histórico, se reafirmaba en el escenario de la ciudad, y muestra un profundo “desgarramiento existencial”.

Esta generación –agrego yo– no sólo muestra la resaca de la guerra, sino que muere con ella. Lo más destacado de la generación de 1965 fue su lucha por la libertad. Si queremos sacar a los escritores extraordinarios de este grupo, tendríamos que hablar de Alexis Gómez y José Enrique García. A los que se agregan Enriquillo Sánchez y Tony Rafal.

Desde los nuevos críticos hasta las últimas décadas, la reflexión literaria ha tenido como norte ver la obra en su propia constitución formal y en su relación con el mundo que le rodea. Y se entiende que son obras literarias aquellas que usan la palabra con la intención de crear belleza estética. Independientemente de la cultura o de la naturaleza que exprese, lo literario está conformado por la creación verbal. Y será mejor reconocido aquel escritor que atine a crear, mediante la palabra artística, un mundo prodigioso. Así que no caben en la literatura, después del positivismo, aquellas obras que, aunque bien escritas, no tengan como finalidad la creación de la belleza artística.

Indudablemente que la obra de Andrés L. Mateo presenta el perfil de una creación poética que, además de crear la belleza a través de la palabra, es obra en la que se reflejan las luchas y esperanzas de una comunidad. Y es justamente esta la razón por la que la obra de Andrés L. Mateo ha recibido importantes reconocimientos; su literatura ha engrandecido la lengua que hablamos y que ha representado, a través del arte de la palabra, la vida, la historia y la sociedad dominicanas.

La poesía fue el género con el cual se iniciaron los primeros pasos literarios del doctor Mateo. Es el mismo autor quien en la introducción a la Poesía de Post-guerra/ Joven Poesía dominicana, nos describe la época en que todavía los jóvenes imberbes de su generación literaria empuñaron el arte como una arma de lucha. Todos habían sido lanzados a una querrela política para la cual no estaban preparados. Como escritores, dieron respuestas a los llamados de su época. Cuando leemos los primeros poemas de Mateo, vemos que, aunque la época era panfletaria, de guerrillas literarias y de descarnado verbo, la palabra es límpida, bella y refulgente y deja ver el estro de un joven escritor de ya labrada estatura.

Esa ya clásica antología que publicara el joven crítico José Alcántara Almánzar, *Antología de la literatura dominicana* (1972), da cuenta de los primeros pasos poéticos de Andrés L. Mateo.

Al referirse a su poema “*Portal del mundo*”, dice el crítico: “el alborozo de la lucha invade el verso, variado y recio, para comunicar un mensaje de esperanza en un futuro mejor” (61):

*Dejemos en el cielo las palomas.
Iremos por la vida sublevados
A levantar el reino de este mundo.
Quien busque mi garganta
Encontrará la tuya.*

*Quien apenas te roce con su aliento
Empañará mis ojos.
Y no será tu nombre una tarjeta
Con fechas retorcidas.
O algún simple papel de timbre muerto.*

Y montado en la mejor tradición de la poesía dominicana, de Federico Bermúdez a Moreno Jimenes y de Mir a Incháustegui Cabral, el poeta nos lanza sus cuitas sociales:

*Construiremos aquí
El reino de los cielos.
Orfeos amordazados,
Levantaremos bien alto la guitarra.
Quién podrá entonces utilizarnos a gusto.
Decirnos que el hombre más feliz
Es el que no tiene camisa,
Porque ellos están encamisados.*

(“De Portal del mundo”)

La poesía de Andrés L. Mateo miró hacia su prosa. Hacia un sentimiento que brota como el fuego de las cinceladas formas del ensayo.

Los primeros trabajos publicados por nuestro autor están relacionados con la investigación literaria, además de la antología de poetas del 65, generación que él mismo configura, publica una de las investigaciones más importantes que se han realizado a favor de la crítica de la poética en el país, *Manifiestos literarios de la República Dominicana*. Es la primera recopilación de proclamas poéticas que nos permiten ahondar en la estética de la poesía. Este libro, junto a *Lenguaje y poesía en Santo Domingo en el siglo XX*, de Diógenes Céspedes, ha sido de singular importancia para seguir el curso de las corrientes poéticas que dominaron la escena literaria en el último siglo.

Pero es en el terreno de la crítica cultural donde se destaca la ensayística de Andrés L. Mateo. Con la publicación de *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Mateo entra a la gran tradición de los escritores civiles que han buscado una explicación cultural a las distintas interrogantes de la dominicanidad. Esta tradición, que tiene autores de la talla de José Ramón López, Federico García Godoy, Pedro Henríquez Ureña, Américo Lugo, Francisco Eugenio Moscoso Puello, Juan Isidro Jimenes-Grullón, Peña Batlle, Juan Bosch, Joaquín Balaguer, Federico Henríquez Grateaux y Manuel Núñez, resuena en una prosa límpida, concisa y brillante.

A lo que se une un marcado interés por situar las ideas dominicanistas dentro de las corrientes del pensamiento latinoamericano y caribeño.

En *Mito y cultura en la Era de Trujillo*, Andrés L. Mateo no sólo estudia la relación de los letrados con el poder, sino las ideas dominicanistas frente al despotismo y el pragmatismo que han caracterizado la vida nacional. Es sintomático que en el plan de construcción de la obra, el autor esté siempre avanzando en el tiempo estudiado sin dejar de recorrer los pasos perdidos del pasado dominicano.

Este libro viene a llenar un vacío en la aproximación culturalista de la dominicanidad, dejado por la nueva historia, la historia económica y la historia marxista. Andrés L. Mateo muestra la importancia del intelectual como productor de sentidos y de la necesidad, muy especial, que ha tenido el poder en la República Dominicana de usar a los productores textuales en la conformación de un sentido político que edifique e invente un presente que será, a todas luces, contradictorio y problemático frente a las diversas lecturas de su pasado.

En este ensayo crítico-cultural, el autor compone una obra sintética en la que maneja innovadoras tesis que se explican tanto en el texto analizado como en el contexto. Política, arte, literatura, pensamiento, economía y sociedad, son los ejes en los que se va construyendo su mirada. Sin ser un tratado que agota el tema, en algunos casos, lo pone sobre el tapete y deja a los venideros investigadores campo abierto para futuras lecturas o miradas.

En el campo periodístico, la obra de Andrés L. Mateo se ha distinguido por varias razones. En primer lugar, por ser una creación lingüística que hace recordar la relación, siempre contradictoria, entre periodismo y literatura. En secuencia mayor por ser textos cimentados en la trascendencia estético-literaria. Además, nuestro autor se ha destacado por ser la voz civil de una generación que, empujada en el conocimiento de la cultura dominicana, ha propugnado, como la tradición liberal, por la fundación de la República verdadera. Andrés L. Mateo ha hecho de la palabra la tribuna de los principios éticos y políticos. No ha sido el portavoz de ningún grupo, sino la voz angustiada de la dominicanidad.

Dos libros recogen este constante pensar y simbolizar lo dominicano: *Al filo de la Dominicanidad* y *Las palabras perdidas*. En el primero, el ojo de Andrés L. Mateo hace crónica e interpreta, lee símbolos y signos; contextualiza la condición posmoderna y nos sitúa en la periferia de una cultura que pretende globalizarlo

todo. Su relato es el de un observador, un poeta con palabras, figuras e imágenes precisas. Mateo es un narrador que impacta desde la primera línea y busca el final adecuado para sus crónicas. Muchos de sus escritos son joyas del periodismo. La síntesis, la elegancia, la gracia, las puntualizaciones, las reflexiones apropiadas le dan a este libro valor, artículo por artículo.

En cuanto al segundo, *Las palabras perdidas*, el autor nos presenta las distintas miradas que nos conducen al encuentro del presente con el pasado, para actualizar el pensar de hoy con el pensamiento de ayer. Las aristas más significativas de esa dominicanidad son la alterabilidad política y la corrupción; el autoritarismo y el liberalismo; el pragmatismo y el idealismo; así como las prácticas intelectuales frente al poder. Esos problemas son planteados por Andrés L. Mateo como contrariedades de la dominicanidad y como temas reiterados del pensamiento dominicanista en distintas épocas.

Por otra parte, la ensayística de Mateo tiene su más reciente entrega en una biografía de Pedro Henríquez Ureña, *Pedro Henríquez Ureña, errancia y creación*. Nuestro autor estudia una de las figuras más paradigmáticas de la dominicanidad letrada.

Este libro es revelador en su ensayística en la medida en que pone como un continuo su visión de la República Dominicana y de América Latina.

Pedro Henríquez Ureña es, en la narración de Mateo, un héroe que busca el fuego del saber, mas, acosado por el autoritarismo, no puede regresar a su comunidad de origen.

Este ensayo biográfico es fundamental en su ensayística, y lo es porque a través de él podemos entender al autor y encontrar el perfil que le asigna a la dominicanidad. Sus apuntes nos muestran la relación entre el poder y los letrados. El resumen de esta relación está determinado por el uso que el poder da a la cultura, una cultura que pocas veces puede ser vista más allá del poder.

La narrativa de Andrés L. Mateo hay que situarla dentro de las grandes corrientes del Boom latinoamericano. La escritura de un nuevo barroquismo literario en el que se distingue una prosa artística, unida a la tradición filosófica y literaria de los años cincuenta y sesenta que tiene en el existencialismo de Sartre y Camus, en Francia, y a Ramón Lacay Polanco, en República Dominicana, a sus máximos representantes. Las obras de Mateo están dentro de una narrativa breve, de extraordinario valor. Esto se echa de ver en los textos de otros

creadores como Marcio Veloz Maggiolo, Carlos Esteban Deive, como figuras anteriores; así con Pedro Peix, José Enrique García y Guillermo Piña Contreras, de la misma generación de Mateo. En fin, en la novelística de Mateo se unen brevedad y entroncamiento con lo dominicano, a una factura estética del lenguaje que tiene ecos de la tradición poética que inauguraron Darío, Martí, Lezama Lima, Miseses Burgos y Gabriel García Márquez.

En definitiva, la escritura de Andrés L. Mateo es portadora de variados recursos artísticos. Entre los que se destacan el experimentalismo, los distintos recursos narrativos y la plasticidad del lenguaje neobarroco. Sus personajes, contruidos dentro de una realidad que no dista de lo histórico y social, son figuras de la vida dominicana, y no son el calco realista de representaciones sociales, sino seres en el mundo que se plantean los complejos procesos vividos desde una postura social y existencial. Los logros artísticos de la prosa de Mateo le han ganado variados reconocimientos en el extranjero. Algunas de sus obras han sido publicadas por prestigiosas editoriales internacionales, y reconocidos críticos han ponderado los valores de su literatura.